

celestiales ecos repiten con santo estremecimiento. El divino Elohá, el mayor de los seráfines, el mas próximo al Increado, mira por última vez al Mesías moribundo. Se lanza al espacio, y con voz semejante á los luminosos rayos con que los astros iluminan á la infinidad, clama en las mas elevadas regiones :

« Su sangre corre. »

Repite en los mas profundos abismos :

« Su sangre corre. »

A medida que Elohá se aproxima á la tierra, los ángeles de aquellos soles en donde primero ha resonado su voz, encienden el fuego del sacrificio, y la sagrada llama brillante y pura como el rocío que precede á la salida del luminar de la tierra, se levanta hácia los cielos. Y cada mundo ofrece al pasar Elohá por él un holocausto que es imagen de la víctima que expia en la cruz los pecados de la tierra. Así brilló ante el pueblo de Dios para guiarle al través del desierto la columna de fuego que salió del Tabernáculo.

Deja el Hombre-Dios vagar sus miradas sobre la ciega muchedumbre del pueblo, que se estiende desde los muros de Jerusalem hasta el pie de su cruz, y orando por él, levanta los ojos al cielo, y dice :

« *Perdónalos, padre mio, que no saben lo que hacen.* »

Al escuchar esa voz de amor, apodérase una muda admiracion de cuantos le escuchan ; miran al Mesías con temor ; ven su palidez y sus tormentos : nada mas podian ver ojos mortales. Los espíritus celestiales alcanzan solos á comprender los padecimientos del Hijo del Eterno, la inagotable fuente de salud y de felicidad para el género humano abierta en las palpitantes llagas de Cristo.

Está el Mesías crucificado entre dos criminales, porque la voluntad del Todopoderoso le ha condenado á esa última ignominia.

Es el de su izquierda un viejo asesino, endurecido en el pecado, que hace insultante mofa del Dios que muere por él.

« Dices que eres el Salvador de los hombres (le dice), si lo fueras nos salvarias y te salvarias primero á tí mismo bajando de ese maldito leño. »

A su diestra tiene el Señor á un joven á quien perniciosos ejemplos y pérfidos consejos indujeron al crimen. Este lanzando una mirada de indignacion al viejo pervertido, le dice :

« Y qué, ¿ aun hallándote tan próximo á la muerte, no temes al Juez supremo ? ¿ no temes su terrible venganza ? Lo que en este momento padecemos nosotros es harto debil castigo de nuestros crímenes ; mas ¿ por qué castigan los hombres á este Justo, condenado á morir entre nosotros, y que de beneficios los ha colmado ? »

Y haciendo un penoso esfuerzo, se inclinó hácia el Mesías. En consecuencia de aquel movimiento, circuló su sangre con mayor celeridad, aumentáronse sus dolores; mas iluminándole súbitamente un rayo de esperanza, clamó con inspirada voz:

« Dignate, Señor, cuando te veas en tu gloria y magestad, acordarte de mí. »

Y respondió el Mesías con una sonrisa llena de misericordia:

« *En verdad, te digo que hoy serás conmigo en el Paraiso.* »

Esas palabras produjeron en el alma del pecador arrepentido un sentimiento de felicidad para él desconocido:

« ¿En donde estoy? exclamó, ¿á qué nueva vida me ha trasportado el hombre divino que muere cerca de mí?... ¡De nuevo me ha creado!... Adorado seas, tú á quien no alcanzo á comprender; mas eres que el primero de los ángeles; no basta el poder de un angel para acercar de esta manera á Dios mi alma arrepentida... ¡Adorado seas; tuyo soy eternamente!... »

Dijo, y quedó sumido en santo éxtasis, porque el reposo del Señor ha descendido sobre él.

Reemplazado el serafin Abdiel por un angel exterminador en el pórtico infernal, viene á colocarse en el luminoso círculo que forman los inmortales en torno del Gólgota; y á una señal del Re-

dentor vuela sobre la cruz, se detiene en ella un instante, y volviendo á donde estaban sus hermanos, dice:

« Nuestro dueño me manda conducir á su presencia así que espire el alma del primer pecador que la sangre de la Redencion acaba de salvar: regocijaos conmigo de la mision sublime que me ha confiado. »

De pie sobre las cimas de los montes esperaba Uriel, angel del Sol, el instante señalado para la ejecucion de las órdenes que del Eterno ha recibido: súbito se lanza á los cielos, y busca la estrella solitaria que se le ha mandado colocar entre el sol y la tierra, á fin de que reciban sombras mas terribles que las de la noche que al terminarse los dias estiende su bienchora calma sobre la naturaleza entera, el último suspiro del Mesías.

Ya frisa el serafin en la atmósfera de Adamida, nombre que dan los cielos á la misteriosa estrella donde en el mas puro eter nadan las almas hasta que el angel de la vida las trasporta á la tierra. Sonriéndose fraternalmente con aquellos aéreos gérmenes de las generaciones futuras, fija Uriel la vista en su inmensa cuna, y dice:

« Adamida, en nombre del que te sembró en la infinidad del espacio, sal de tu órbita, entra en la trayectoria inmensa que descende hácia el sol de

la tierra, colócate delante de su disco y absorve sus rayos. »

Resonó la voz del angel en el fondo de los valles y en la cresta de las montañas de Adamida; y la estrella, desquiciando sus polos, se precipita al través de los espacios. Hierven los mares; desencadénanse y braman las tempestades, crujen y se entrebren las montañas; vuelan las nubes, chocan entre sí con violencia, y de sus rasgados senos arrojan torrentes de agua, y fulgurosos rayos con sus horribles dardos y devoradoras llamas.

De pie sobre el círculo ártico de Adamida dirige Uriel su curso colocándola ante el sol para que lo cubra con su inmenso globo. Descienden á la tierra las sombras, que proyectan los tenebrosos límites de la estrella, y envueltos en los misteriosos pliegues de las sombras, bajan con ellas el Silencio y el Terror. Las aves cesan en sus cantos y huyen á la espesura de los bosques; y desde el toro fogoso, rey de los prados, hasta el insecto que se arrastra sobre la debil yerba, refúgianse todos los animales en las cavernas de los montes y en las simas de las rocas! La brisa detiene su aliento; y oprimido el hombre y respirando apenas levanta los ojos al cielo. Hácese el crepúsculo mas sombrío y desarrolla el terror sus millares de variadas y fantásticas formas en medio de la densa, negra y terrible

noche que cubre con su pesado manto todas las regiones de la tierra.

Inmovil está la estrella Adamida, ante el sol cuya luz parece haber estinguido para siempre; sus pálidas sombras crujen sordamente, y detiéndose los orbes llenos de admiración y respeto á vista de la sangre que corre de la divina cruz: tal se detiene el caminante inmovil y pensativo ante el marmol que cubre los restos de un grande hombre.

Uriel dirige la palabra á los aereos habitantes, y aquellas almas para quienes la hora de nacer no ha sonado todavía, y que esperando su cuerpo mortal se envuelven en las mas dulces tintas de los cielos, escuchan al serafin en piadoso recogimiento.

« Seguidme, les dijo: voy á conducirlos al globo sumido en las tinieblas por la sombra del que habitais, y á despecho de la oscuridad vereis al hijo del Eterno. Aun no le conoceis: su vista os hará adivinar la inefable bienaventuranza que os está reservada. ¡Mirad, en los cielos mismos todas las rodillas se doblan, todas las coronas se inclinan ante el hijo del hombre!... Salvador del mundo, para tí las has creado, para tí redimes las almas de las generaciones pasadas y de las generaciones futuras. »

Dice, y desplegando sus alas se dirige á la Judea.

Las almas le siguen como los nobles y piadosos pensamientos siguen al sabio cuando á la suave luz de la luna, se complace meditando en los bosques sobre los secretos de la eternidad.

Los patriarcas que vuelan sobre el Gólgota reconocen con gozosa sorpresa, en los celestes viajeros que las nubes les traen, á los millares de millares de cohortes de humanos seres que el porvenir fecunda en sus maternales entrañas. Por primera vez aparta de la cruz sus miradas la madre de los hombres, eleva una mano al cielo, apoya la otra en el hombro de Adan, y le enseña á los futuros hijos de los siglos que todavía no son.

« Hélas ahí, dice, las innumerables generaciones del porvenir, los futuros cristianos llamados á la inmortalidad. ¿Qué nombre te daré á tí que mueres por ellos? ¿Que *Hosanna* será digno de cantar tu poderío y tu misericordia? ¡Oh hijos míos que aun no habeis nacido! ¿porqué no habeis entrado ya en esta vida de pruebas, para que os condujeran vuestras madres al pié de la cruz y os enseñaran á adorar á vuestro Salvador. Mas ellos lo aprenderán, sí, ¡oh Adan! ya veo su porvenir. Los mas dignos de entre ellos caerán bajo la segur de los verdugos, semejantes al blanco lirio cuyo vástago rompió la tempestad. Ya veo brillar sus llagas ¡Santos mártires: el resplandor de vuestras heladas frentes me deslumbra! Vuestro último suspiro es

un himno de alegría. Permitid ¡ah! permitid que vuestra madre os bendiga. »

Dejó el Mediador caer una mirada sobre aquellos millares de almas, y una lágrima de vida y de eterna felicidad brilló en sus ojos. Un relámpago de alegría pasó por las mejillas del Mesías, mas presto volvieron á rodearle las tinieblas de la muerte, y en vano procuró levantar al cielo su cabeza abrumada con el peso de todos los pecados del mundo.

Continúa el Gólgota rodeado por densas y negras nubes, de la misma manera que las urnas cinerarias se hallan bajo las bóvedas sepulcrales. La mas negra de esas nubes se extiende sobre la cruz, y con ella el silencio de la nada, silencio que hasta á los inmortales espanta. ¡Un solo pensamiento basta para que deje de existir ese silencio!.... Sin nuestro estrépito que no ha sido anunciado por son ni murmullo alguno le sucede repentinamente. Sale del fondo de la tierra abriendo en ella profundas simas, la inesperada tempestad, bramando poderosa y terrible; conmuevense los esqueletos en las tumbas; estremécese el templo, se inclina, se levanta, y vuelve á inclinarse de nuevo. Con sordos gemidos anuncian las entrañas de los montes la llegada del huracan, hijo primogénito de la destruccion, á quien dotó su madre con sus mas horribles calamidades; y el huracan llega y silva al

través de los magestuosos cedros, y caen los cedros; y silva en las calles de la orgullosa Jerusalem, y mécese en Jerusalem chozas y palacios, como á impulso de las olas del furibundo mar los restos de naufrago bajel. Los bramidos del huracan anuncian la llegada del rayo, y el rayo llega y truena y cae en el mar Muerto, cuyas negras olas se hinchan cubriéndose de blanca espuma; y cae sobre la tierra, y la llama y el humo de los incendiados bosques se alzan hasta las nubes.

Un pensamiento grande y atrevido surcó la frente de Elohá, y al punto el pensamiento se convierte en accion. Despues de adorar tres veces á la víctima celeste, lánzase el serafin al camino solar que atraviesa los cielos : cerca de las siete estrellas que forman el ingreso de aquella senda encuentra á dos ángeles de la muerte, siniestros mensageros, que al verle se velan los rostros con sus negras alas; y se estremece Elohá, mas continua su rápido vuelo, porque quiere contemplar al Eterno en medio de las impenetrables tinieblas de que ha rodeado su trono de juez supremo.

Todo ha vuelto á ser silencio y tristeza en torno del Gólgota. Los vivos y los muertos, las almas de los patriarcas, las que estan por nacer, y las legiones de los seráfines contemplan al Mesías en muda adoracion. Tambien Eva adora á su divino hijo, mas no pudiendo su corazon sufrir el aspecto de aquel,

baja los ojos y ve al pie de la cruz á una muger que apenas puede sostenerse, con la cabeza baja, fija la vista, y que no derrama una lágrima. Eva conoce en la muda angustia de aquella muger el dolor de una madre.

« Tú eres María, dijo para sí; tu desesperacion me lo prueba. Lo que en este momento sientes lo he sentido yo como tú, cuando ví á Abel bañado en su sangre. Sí, tú eres la madre del Hombre-Dios que por nosotros muere. »

Mas súbitamente apartó el pensamiento de la mas desdichada de sus hijas, divisando á los dos ángeles de la muerte, á quienes encontró Elohá á la entrada del camino solar. Por las puertas del Oriente han entrado en la atmósfera de la tierra, dirigiéndose con lento y magestuoso vuelo hácia el Gólgota; de las mas negras sombras de la noche se visten, llamas brotan sus ojos, la destruccion se retrata en sus frentes; dos anchas alas los sostienen en el aire, otras dos cubren sus cabezas, y otras dos forman á sus pies una especie de negro y sombrío tapiz.

Llenas de santo terror las almas de los patriarcas se inclinan tocando casi á la tierra, como si por segunda vez abriera la madre comun los sepulcros de los padres de la especie humana. Páranse los lúgubres ángeles enfrente del Mesías, le saludan con la mas terrible de sus miradas y de nuevo

emprenden su siniestro vuelo. Siete veces giran en torno de la cruz, cubriéndose los rostros con sus negras alas, y en todo el universo resonó su vuelo triste y lúgubre, como el fúnebre sonido de la campana cuando retumba en medio de las mundanas alegrías.

Semejante al pacífico viagero que obligado á atravesar un campo de batalla, donde yacen innumerables guerreros, redobla los esfuerzos para apresurar su marcha, cuando oye los quejidos del uno y el postrer suspiro del otro, levanta Cristo la cabeza, contempla á los ángeles esterminadores, alza los ojos al cielo, y en el fondo de su corazón esclama :

« Herido está de muerte mi humano cuerpo, ¡oh juez supremo! cesa de atemorizarle. Conozco el batir de esas negras alas, comprendo el profético lenguaje de ese horrible vuelo... Herido está de muerte mi humano cuerpo, ¡oh Juez supremo! cesa de atemorizarle. ¡Misericordia, misericordia para el hijo del hombre ! »

Así pensó el Mesías, y corrió su sangre con mayor abundancia, y remontáronse al cielo los ángeles esterminadores dejando en pos de sí vagas inquietudes é inciertos temores.

A punto de consumarse ocúltase mas profundamente la obra de la Redención en su misterioso velo.

Innumerables son los testigos de la tierra y del cielo agrupados en torno del Gólgota, mas entre todos ellos la mas profundamente conmovida es Eva. Tormentos personales son para su corazón los padecimientos del hijo del hombre. Apágase la aureola que rodeaba su cabeza, póstrase sobre la tierra, tumba inmensa de todos sus hijos, hunde su frente en el polvo de los muertos, cruza las manos y las levanta al cielo; luego alzándose un tanto procura con los ojos de su alma inmortal penetrar las tinieblas del sepulcro largos siglos hace por ella atravesado, y cuyos emblanquecidos huesos y terrible silencio la horrorizan entonces. Enternecido por sus lamentos lleva al pie de la cruz, el ángel de las celestes armonías, esta dulce oración de la madre del género humano :

« ¡Oh tú, á quien he llamado hijo mio! ¿Me atreveré de nuevo á darte tan dulce nombre?...
¡No apartes de mí esas miradas que ya se eclipsan y estinguen! ¿No eres mi Redentor, el Redentor de cuanto ha nacido?... Los cielos se estremecieron de gozo cuando tu voz amante anunció á la primera pecadora el perdón de la vida eterna : pero ese perdón lo compras con tu vida y al pensarlo retrocede el alma inmortal á la tumba que ya salvó... ¡Oh! ¡permite que lllore sobre tí, Hijo divino! ¡Bien sé que las lágrimas son indigno homenage á tu gloria, pero apiádate de la debilidad,

tú que eres todo amor, todo misericordia! Y vosotros, hijos de mis hijos, nacidos para morir, cesad de acusar á vuestra desdichada madre que por vosotros ha pasado su vida en el dolor, que por vosotros, aun mas allá de la tumba, ha derramado de sus ojos ardientes lágrimas de aquellas que abrasan hasta los hielos de la muerte. Ahora ¡oh mis amados hijos! la sangre del Hijo de Dios os salva de la destruccion... Ya no morireis; dormireis, sí, para despertaros en los brazos de vuestro Salvador..... Mas ¡ay de mí! que muere ese Salvador cuyo poder y misericordia no pueden esplicarse con palabras. ¡Apresúrate, hora terrible, hora suprema, á volar en las rápidas alas de la luz que tan lentamente te mecen en lo infinito!... ¿Será que nunca os canseis, terrores de la agonía, de afligir á esa cabeza que cada vez se inclina mas profundamente en las sombras de la muerte? ¡Oh Jesus, mi divino Hijo! Tu rostro se pone mas pálido á cada instante; todavía corre la sangre de tus llagas, pero tu aliento es ya el estertor del moribundo... Tus entreabiertos ojos se fijan sobre mí... Celebrad, seráfines, mi felicidad; digan las bóvedas del cielo: ¡el Redentor lanzó una mirada de misericordia sobre la madre del género humano!... Penetró en mi corazon la dulce calma de la inmortalidad: levanto al Creador los ojos y el pensamiento, y os bendigo, hijos míos; ¡os bendigo en nombre del que

os vuelve vuestra inocencia primitiva, del que ha de juzgar al mundo, del que con su pasion y sangre os inicia en la muerte! ¡Os bendigo en nombre de su cabeza inclinada, de sus apagados ojos, de su frente oscurecida por cuanto hay en la tierra de tormentos y de angustias! »

